
Caro mio:

Esta carta llega muchos años más tarde de lo que hubiera querido. La lancé al mar. Y una carta no es como un barco: su viaje dura años hasta que algún capitán, alguna ballena o algún veraneante la encuentre.

¿Por qué te fuiste?

¿Por qué no volviste?

Estos últimos años estuve pensando que podría haber sido menos buena, menos obediente, más rebelde. Como le dije hace poco a mi sobrina, tendría que haber sido revolucionaria y escaparme de las cadenas que me impusieron por ser mujer mi padre y mis hermanos. Vos más que nadie sabe cómo tenía que escaparme a lo de la Tía para poder verte, aunque sea un ratito, para compartir un mate o una caminata por Pompeya. Y también sabes más que nadie que para mí era imposible pensar en tomar un barco y cruzar un océano, aunque así lo hubiera deseado con todo mi corazón.

¿Por qué no volviste vos a cruzar el océano? Tu condición de hombre, que gozaba de todas sus libertades, te lo permitía. ¿O acaso también estabas atado a tu familia? ¿No pudiste? Las preguntas son muchas, y las respuestas ya no importan. Ya no recuerdo si te mandé cartas a tu partida, o si acepté que te irías para siempre sin decir nada, como me habían enseñado.

Yo sí me sentí algunos años encerrada en una jaula. En ese momento, como también le dije a mi sobrina, las mujeres no podíamos hacer muchas cosas. Pero ahora, querido....

¿Vos sabés que vivo en un geriátrico? Hace 15 años que estoy acá, por decisión propia: me cocinan, me cuidan, y no me aburro. El 8 de marzo vino una señora muy simpática a hablarnos sobre el día de la mujer, y yo pensé... que si me hubiera animado, o hubiera nacido en otro tiempo, las cosas serían distintas. Si yo volviera a nacer... Seguramente te hubiera amado como lo hice, pero cuando te fuiste te hubiera mandado tantas cartas como pudiera, y hubiera esperado una respuesta o muchas respuestas, y seguramente hubiera cruzado el mar algún día para buscarte. Y si tu valentía no se correspondía con la mía, te hubiera dejado ir. Pero no así como te fuiste en esta vida, sin una respuesta, te hubiera dejado ir sabiendo que no eras el marinero valiente que yo esperaba.

Pero tu silencio no dejó lugar a la despedida, fuiste siempre espera y amor no correspondido.

No encuentro más palabras y sin embargo, para terminar esta carta, me robo unas que no me pertenecen:

¿Por qué llamamos amor al amor?

Con lo que cuesta, con lo que duele,
con lo que tarda, con lo que arde,
con lo que falta, con lo que quema,

con lo que ausencia, con lo que tiene,
con lo que viene, con lo que ahueca,
con lo que silencia, con lo que canta,
con lo que arrulla, con lo que leche,
con lo que vibra, con lo que abraza,
con lo que olvida, con lo que vida,
con lo que pajarito, pajarito,
caracolito tan poco mío y de nadie.
Yo, que nunca te tendré.
Y aunque no te lleguen mis cartas
te escribo,
y aunque no sepa si las lees,
te escribo.

Te escribía.

Querida Clelia

Los italianos no solo se van para nunca regresar, o eso quisiera creer.

Vi al amor de mi vida tomar un barco para regresar a su casa materna. Su tierra mater

Amor mío:

*Observo este concierto y los arcos me parecen olas de una gran marea, una marea de voces, bocas y partituras. Entonces imagino ese mar, a veces calmado, a veces tormentoso en el que zarpó tu barco. Entonces te pienso ahí entre las olas, cumpliendo el deber de hijo de regresar a su casa. Tú te hundes en el mar y a mí me dejaste naufragada
El mar, el cristo, las lágrimas, la sal y el amor*

Qué raro es pertenecer... y me pregunto: ¿por qué no te fuiste tras él? Era tan difícil el desarraigo pero... ¿quedarnos en un lugar nos mata? – Yo tampoco soy capaz de dejar mi tierra. Así que espero que él regrese.

Pero una cosa te puedo prometer: si él no regresa en el plazo esperado, iré yo misma a buscarlo.

Porque al final el amor es mío, es tuyo y dondequiera que estés se seguirá alojando en mi cuerpo, y nuestro cuerpo es móvil y perecedero.

Querida Clelia, me pregunto en qué parte de tu cuerpo se alojaba el amor. Tal vez en la garganta. Cuando te cantaba “*lascia que io pianga*” y quizás por eso seguiste cantando, porque tu amor se alojaba en la garganta.

Y me pregunto por qué no salían las palabras.

En el medio de todo, llenándolo todo con su presencia, su alegría, su perspicacia, sus piernas gigantes y su corazón más gigante que su cuerpo de 90, a veces 85 y a veces 110 kilos y su voz de soprano de ópera, la Tía Clelia.

La Tía siempre fue de contextura grande. Y fue haciéndose más grande con los años. Tenía algo que, según los médicos era retención de líquidos, y según google, se llama elefantosis. Sus piernas eran gigantes, y a veces se le abrían y salía líquido. Por eso, y por pereza, fue dejando de caminar. Cuando busco un recuerdo de la Tía, ya no la puedo recordar caminando normal, hago un esfuerzo y solo la recuerdo con bastón o con andador. Y me viene la imagen de ella entrando a mi casa, donde le poníamos sillas en el camino para que descansa cada 10 pasos, porque se ahogaba. (sacar la silla del medio y ponerla en el lugar donde va a estar la Tía Clelia y el shall negro). sacar el shall y prender el grabador

La Tía Clelia, es mi Tía abuela, la hermana de mi abuelo Miguel, el papá de mi mamá. Nació el 9 de diciembre de 1930, en Buenos Aires, hija de calabreses, vivió en el barrio de Pompeya, el del Tango, *abrir el grabador y buscar la 2x4, encuentro Sur??? San Juan y Boedo antigua y todo el cielo, Pompeya y más allá la inundación, Tu melena de novia en el recuerdo, Y tu nombre flotando en el adiós...*

Sur... paredón y después...Sur... una luz de almacén... Ya nunca me verás como me vieras, recostado en la vidriera.Esperándote.Ya nunca alumbrará con las estrellas.Nuestra marcha sin querellas.Por las noches de Pompeya.Las calles y las lunas suburbanas. Y mi amor en tu ventana. Todo ha muerto, ya lo sé...

Yo no conocí a mi abuela, que como les había dicho murió muy joven, y la Tía Clelia fue la que hizo de cuidadora de mi mamá y mi Tío, y de abuela nuestra. Ella no tuvo hijos.

No recuerdo a la Tía caminando pero lo que sí recuerdo muy bien es la casa de mi Tía, y la felicidad de estar ahí cuando yo era pequeña.

Mi Tía Clelia vivía enfrente de mi casa. Desde esa ventana se veía mi casa. Ella vivía en una casa a medio terminar, en la parte más pequeña. Por allí se entraba, aquí al costado estaba la cocina, y el pequeño baño. De este lado la mesa, siempre llena de cosas: papeles, billetes de lotería, lanas, agujas, trabajos a medio terminar y por supuesto: una azucarera, una yerbera, galletitas y el mate. (señalo el mate y procedo a compartirlo).¿Quiéren mate? Bienvenidas, bienvenidos, bienvenides. Ahora si estamos como en casa. La casa estaba rodeada de parlantes, como 7 u 8, y de aquel lado estaban los equipos de audio, y los muebles llenos de cassettes, miles, de mi Tío Sixto, que se sentaba en un banquito a pasar música. En la casa de mis Tíos Clelia y Sixto siempre había música, salvo cuando se moría alguien, que se guardaba luto y se hacía silencio, por muchos días. (apagar el grabador).

El cuerpo y la cabeza de la Tía no iban de la mano. La Tía caminaba poco pero tenía una memoria envidiable. Hasta que murió, recordaba fechas de muerte y nacimiento de todos, hasta de sus abuelos, y también la llegada, y anécdotas.

La Tía tenía muchas amigas, muchas, Irma, Gladys, Emilia, Anna. que siempre se asomaban a la ventana gritando: Clelia, y se quedaban horas chusmeando. sabía todo de todo el barrio.

La tenía también tenía muchas cosas, y siempre llevaba una bolsita, que colgaba en una silla o en el andador: ahí tenía lanas, le gustaba mucho tejer, ¿Alguien teje?. Tenía sopas de letras, porque siempre estaba entrenando su memoria, y tenía su grabador, que siempre ponía arriba de la mesa. (vuelvo a prender el grabador?)

La Tía siempre amó la música. Ella quería ser cantante de ópera. Desde muy chiquita cantaba en teatros en los actos de la escuela. Pero a los 12 años, le dijeron que de la música no se comía y la mandaron a aprender corte y confección, y a trabajar. Igual ella siguió cantando. En la Iglesia del barrio cantaba el ave maría en los casamientos. Y siempre recuerdo en los actos escolares mio o de mis hermanos, que nos daba vergüenza porque la Tía cantaba el himno como si estuviera cantando en el Teatro Colón.

La Tía era todo amor. Siempre se guardó muchas cosas para no pelear, con sus hermanos, con sus cuñadas, con su esposo, creo que por eso tenía esas piernas, por no decir. Y por eso vivía en esa casa, y por eso nunca volvió.

A la Tía le gustaban los dibujos animados, los dulces, chismear en su ventana con las amigas y dormir hasta tarde. Jugaba a la lotería. En cada cumpleaños jugaba el día, la edad nueva, la edad que dejaba y el año de nacimiento. También jugaba los números de los cartones de leche. grabadora que no suena

Cuando el Tío Sixto enfermó, la Tía, que era medio niña, no pudo con eso y empezó a tomar pastillas de más. Un día la encontramos en la casa sin entender nada. Fue ahí que los llevaron a los dos al geriátrico.

Mi Tío murió. Mi Tía Clelia nunca quiso volver a su casa. Se quedó en el geriátrico 20 años, era la puta ama. Todos la conocían, vió morir gente, vió llegar gente, se hizo amigas nuevas, se peleó con las amigas, con las enfermeras, con los médicos. Sus amigas se iban, y ella seguía ahí.

La Tía estuvo 40 años a punto de morirse. A lo último ya solo quería irse. Murió a los 93 años, el 5 de mayo de 2024, un día después de mi cumpleaños. Ese día me acosté a las 5 de la mañana, y a las 6:30 me llegó un mensaje que escuché muchas horas después. La tía había muerto como quería, en su cama. A pesar de la tristeza yo estaba tranquila. La distancia me hizo prepararme, hacía muchos años que cuando la despedía pensando que podía ser la última vez que acaricie su pelo de plata. Y por esas casualidades de la vida, hacía un mes había estado en Buenos Aires con ella. Tapar el grabador con el trapo negro

La Tía tenía una historia, que contaba a pocos, pero que me contó muchas veces. Cuando era joven, estuvo de novia de con un italiano, con el que estuvo a punto de casarse. Su madre se enfermó y lo mandó a llamar, y el se fue en un barco a Italia. Y nunca volvió. La Tía lo esperó, el nunca volvió y ella se casó a los 42 años, ya grande para la época. Ella siempre decía que al Tío lo quiso mucho, pero que su gran amor había sido el italiano que se fue en barco. Mi tía nunca más pudo ver un barco sin llorar.